

ENTREGA DE ESTANDARTE AL DD. "ALMIRANTE RIVEROS"

El 6 de mayo, poco antes de mediodía, se llevó a efecto a bordo del destructor "Almirante Riveros" la ceremonia de entrega de un estandarte de presentación y desembarco al mencionado buque. La donación la hizo la empresa "El Mercurio" en un acto cívico-patriótico que alcanzó emotivos relieves.

La entrega se hizo en la cubierta del "Riveros" en presencia del Comandante en Jefe de la Escuadra, contraalmirante señor Arturo Troncoso Daroch, quien se hizo acompañar por su Jefe de Estado Mayor, capitán de navío Francisco Johow y de los comandantes de todas las unidades de la Escuadra. Por la empresa "El Mercurio" asistieron su vicepresidente ejecutivo, Carlos Eastman Beeche, el vicepresidente del Consejo, don Agustín Edwards del Río y toda la plana mayor de los diarios "El Mercurio" de Santiago y Valparaíso.

Usó de la palabra el señor Carlos Eastman, quien destacó la estrecha amistad y unión que ha existido entre la Armada y "El Mercurio". Finalizada su intervención, el portaestandarte del destructor

"Almirante Riveros", subteniente Jorge Davanzo Hyslop y sus escoltas, el sargento primero José Lagos Espinoza y el sargento segundo Humberto Poza Bañares, recibieron el estandarte. A continuación, el capellán de la Escuadra, Eduardo Tampe Maldonado, lo bendijo bajo los acordes de la oración, interpretada por la banda de la Escuadra.

Luego se rindieron honores al estandarte, entonando todos los presentes el himno nacional. Finalmente, agradeció la donación en un patriótico y emotivo discurso el comandante del destructor "Almirante Riveros", capitán de navío Hernán Rivera Calderón, tras lo cual el estandarte acompañado por los presentes fue llevado a una caja de encina con cristal donde se guarda en señal de honor, como una reliquia sagrada. Luego, el comandante Rivera ofreció un cocktail en la cámara de oficiales del buque, donde se hicieron sendos obsequios recordatorios, por un lado "El Mercurio" galvanos recordatorios de sus 150 años de existencia y por la Armada, de otros similares recordatorios del buque al cual se le hizo tan honrosa donación.

VISITA ILUSTRE

Como ya se ha hecho tradicional en la Armada el invitar a los actos celebratorios del combate de Iquique, esta vez fue invitado el Jefe del Estado Mayor de la Armada del Brasil, señor Gualter María Meneses de Magalhaes y su distinguida esposa, señora María de Lourdes Fer-

nandes de Magalhaes, quienes permanecieron en Chile desde el 17 al 24 de mayo.

El día 18, el Sr. almirante Magalhaes visitó, en compañía del Comandante en Jefe de la Armada, una exposición en la Biblioteca Nacional de dos aspectos de la

vida de Arturo Prat: la primera la reconstrucción de Ninhue, la cuna del héroe y la segunda una exposición de recuerdos de su vida, todo ello con la presencia de miembros de la Honorable Junta de Gobierno. Visitó luego el Templo de Maipú y va a la isla de Pascua acompañado del Jefe del Estado Mayor General de la Ar-

mada, contraalmirante Carlos Le May Délano. A su regreso visita las instalaciones de la I Zona Naval y presencia la celebración militar del 21 de mayo en Valparaíso, donde coloca una ofrenda floral. Asiste al almuerzo del "Caleuche" de Valparaíso y luego regresa a Santiago, donde es condecorado.

CEREMONIAS Y ACTOS DIVERSOS

DEL 21 DE MAYO

Como todos los años, en el país entero, desde Arica a la Antártida, se celebró la efemérides del 21 de mayo con actos cívicos militares. Los buques de la Escuadra fueron repartidos en diversos puertos y concurrieron a las ceremonias correspondientes. Como esta fecha ha sido consagrada la culminación del Mes del Mar, se le dio especial énfasis a este aspecto de tanta importancia y, aparte de la celebración del día mismo, durante todo el mes se dictaron conferencias, se hicieron concursos relacionados con la importancia del mar para Chile, y otros actos, especialmente en el nivel de la educación escolar media. En Valparaíso, por la televisión de la Universidad Católica, la Escuela de Submarinos, Abastecimiento y Servicios obtuvo el patrocinio del comercio para estimular a los ganadores de un concurso sobre Historia Naval y otros conocimientos específicos sobre el mar, el cual tuvo mucho éxito.

De los discursos que se pronunciaron el 21 de mayo, la "Revista de Marina" publica sólo el del Comandante en Jefe de la Primera Zona Naval, vicealmirante Jorge Paredes Wetzer, en el Monumento a los Héroes, en la ceremonia a la cual concurrieron S.E. el Presidente de la República y los Miembros de la Honorable Junta de Gobierno; la alocución patriótica de una alumna de quince años de un colegio de Talagante y la pronunciada por el presbítero Kuzmanich en el Te Déum de Acción de Gracias en la Catedral de Punta Arenas. Ellos son los siguientes:

Discurso pronunciado por el Comandante en Jefe de la Primera Zona Naval e Intendente de la V Región vicealmirante Jorge Paredes Wetzer, en el Monumento a los Héroes de la Marina, en Valparaíso

"El 21 de mayo es la consagración del espíritu nacional y esa es la razón por la cual pertenece al pueblo todo, que encuentra en su conmemoración de cada año, la satisfacción íntima, pura y tan legítima de saberse partícipe de una gloria que, tan hondamente, lo interpreta e identifica.

Arturo Prat —resumen integral de virtudes puestas al servicio de la patria— se arraiga en el alma popular con la fuerza definitiva del hombre que ha superado su realidad cotidiana, convirtiéndose en símbolo venerado de la raza. Es la conquista de la inmortalidad posible. Es la demostración perfecta de lo humano del heroísmo. Es el resultado de todo un proceso de cotidiana dignidad, de auténtica honestidad y total sobriedad. Es compromiso noble y también profunda serenidad intelectual. Es sentido trascendente de la vida y postergación de sí mismo. Es todo eso —y mucho más— es solución de eternidad y ejemplo accesible de grandeza.

Hace 98 años, su realidad humana se transmitió a todos y cada uno de sus hombres, cuando ese puñado de chilenos escuchaba a su comandante dirigiéndoles la palabra a la vista de los humos adversarios.

Y les decía con precisión indubitable: "...La contienda es desigual...".

Les recordaba con la plena y noble seguridad de la historia pasada y de la historia por venir: "...Nuestra bandera, nunca ha sido arriada ante el enemigo".

Les ordenaba con la convicción solemne del hombre que manda voluntades conscientes: "...Espero que ésta no sea la ocasión de hacerlo...".

Les hacía testigos depositarios —y acreedores implacables— de su resolución: "...Mientras yo viva, esa bandera flameará en su lugar...".

Y los convertía en partícipes de la epopeya, colaboradores de la gloria y herederos del destino, al expresarles su confianza absoluta en el espíritu ancestral de la raza chilena: "...Y si yo muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber".

Hoy, su irrealdad sobrehumana sigue, desde el más allá de la inmortalidad y desde el más acá del ejemplo —preciso, seguro, solemne, resuelto y generoso— recordándole, no ya a su dotación de héroes, sino a toda la nación, que no hay prueba imposible para el amor a Chile, que no hay empresa insuperable para la abnegación de sus hijos, que no hay obstáculo invencible para el empuje de nuestro pueblo.

Sí. Prat y sus hombres anidan en el hondo sentimiento de la patria, porque cada chileno siente que en la epopeya de Iquique, hay un rasgo —o muchos— que lo unen a ella. Porque todos saben, con íntima convicción y real certidumbre, que de haber estado ellos allí, no habrían dudado en ser partícipes del sacrificio y sujetos de la gloria. Los hombres habrían sido los veneros generosos del heroísmo; y las mujeres, las nobles patricias legendarias que ofrendan el amor de sus amores en el altar de la patria, para hacerla más respetada; para hacerla más noble por sus imperecederos valores morales que por sus esquivos y no eternos intereses materiales.

Iquique es, pues, la identidad del pueblo chileno, es su renacer y su revivir de lo mejor de su vocación de inmortalidad, que cada 21 de mayo renueva su profesión de fe en el destino inmarcitable de la patria.

Es la expresión de aquella actitud y de aquella respuesta que siempre está dispuesta en la entidad nacional, sea cual sea

la potencialidad económica circunstancial, sea cual sea la apariencia de debilidad de sus medios materiales, sea cual sea la opinión que el mundo entero tenga de su realidad.

Es la demostración de la voluntad inquebrantable, es la prueba de la resolución indomable, es la materialización de la determinación invencible.

Es la unidad de la patria toda, que contiene al hombre de mar, tierra y aire y a la mujer chilenos; sean ellos soldados o lo sean civiles; sean niños henchidos de esperanza o sean ancianos transidos de ayer; sean obreros del surco, de la obra o de la mar; sean artesanos del aula, del laboratorio o del taller; sean pensadores, pastores, artistas o exploradores de la ciencia y la verdad.

Excelentísimo señor general, Comandante en Jefe del Ejército y Presidente de la República; honorables señores almirante y general, Comandantes en Jefe de la Armada y Fuerza Aérea y señor General Director de Carabineros, integrantes de la Junta de Gobierno:

La Armada de Chile se siente depositaria del privilegio sublime de ser madre de Prat, así como hija de O'Higgins, el Libertador. Por tan grave compromiso con la patria y con la historia, mantiene encendida, con solemne ritual, la ígnea esencia de una tradición de sobrio y eficiente servicio al país, en cualquiera circunstancia, bajo cualquiera condición y ante cualquier requerimiento.

Porque la inmortalidad del héroe necesitó de ese vivero virtuoso para cultivarse, la Armada continúa desarrollándose en esa atmósfera de severa exigencia moral, para ser claustro fecundo de hombres capaces de servir a su patria, sin ningún límite, ni ninguna claudicación.

En este día que evoca toda una ejecutoria de nobleza y heroísmo; cuando el pueblo concurre en peregrinación nacional a comulgar con la gloria, en todas las plazas que Chile ha consagrado a la conmemoración de la gesta de Iquique, vosotros, sintiendo la presencia inmediata y bienhechora del Mar de Chile que nos inunda de infinito, de destino y de promesas, habéis venido a concederle al homenaje, la más elevada alcornia de dignidad.

Nuestra Armada os agradece, por mi intermedio —que pretende representar a

nuestro almirante, así como a todos quienes servimos en esta falange marinera, antigua y fundamental como la patria misma— vuestra presencia.

Pero envueltos en la atmósfera de gloria que emana de la evocación de la epopeya, sentimos que el instante es propicio para renovar, ante este altar construido sobre las cenizas de los héroes y frente a vosotros, nuestra promesa latente de seguir afrontando toda prueba, con fervor, en el común esfuerzo de enaltecer a Chile.

¡Patria nuestra! Hemos de restablecer tu estatura infinita, para que las dimensiones de tu grandeza no tengan otro ámbito de referencia que el amor de tus hijos, que su vocación heroica y su voluntad de triunfo.

¡Capitán Prat! Invocamos vuestro nombre como intercesor perfecto ante el Altísimo —junto a cuya majestad compartís la gloria de los justos— para pedirle que conceda a Chile la medida de la eternidad que vos alcanzásteis en el gesto sublime.

Y el mundo sabrá, por siempre, que el destino de esta nación está construido de luminoso infinito proyectado sobre el océano austral constelado de gloria; que el alma de Chile no tiene términos temporales, y que así como el ejemplo del pasado se transfigura en presente que presagia eternidad, esta libertad auténtica que nos permite reverenciar nuestras glorias legítimas del ayer, impulsará el altivo avanzar de un pueblo hacia su destino, con la convicción hecha espíritu y hecha carne de inmortalidad.

Alocución Patriótica de la alumna Sandra Gómez (15 años) del Colegio Sagrado Corazón de Talagante

Autoridades militares, civiles, eclesiásticas, señoras y señores, estimados profesores, queridos estudiantes:

¡Al abordaje muchachos! El grito que estremece el cielo, las almas, la vida, el tiempo. El grito que aún se escucha en lo profundo del mar, testigo del sacrificio patrio, y luego, la vida.

El silencio sobre el fragor del combate. La muerte por ambas partes, sin preferencias. La muerte que visita el mar, que lo pinta de rojo con la sangre de nuestros héroes.

De nuevo el mar, inagotable, sin final. Mudo testigo del heroísmo que en aquellos corazones se presenta, de la dulzura y grandeza que se siente al morir por el ideal más noble: el amor a la Patria, un amor inmenso, profundo, ese amor que incita a luchar, a combatir sin importar el sacrificio, el dolor, sin recordar la madre o la esposa...

¿Por qué hemos nombrado a la madre? Porque no existe amor más poderoso que el de ella. No existió amor tan grande y sacrificado como el de doña María del Rosario Chacón, quien, a través de ese amor ilimitado y desinteresado, veló por él día y noche, esperando su regreso, siempre esperando. Esta madre que, al arrodillarse delante de la imagen piadosa, veía en el rostro de María el sello indefinible de la tristeza y en sus ojos, levantados al cielo, el brillo de una lágrima naciente.

Esta madre, cuya personalidad altiva, propia de la mujer chilena, a sabiendas de que existía la posibilidad de perder a su hijo, la incentivaba a cumplir con el más digno de los deberes: defender la Patria.

Esta madre que preparó a su hijo con la más hermosa de las disciplinas; la responsabilidad del cumplimiento del deber. Esta madre que, frente a la inevitable noticia de la muerte de su hijo, adoptó una actitud serena, a pesar de su profundo dolor.

Y cabe preguntarnos también: ¿Existió amor más abnegado y profundo que el de Carmela Carvajal? Ella, como muchas esposas, con ese amor desprovisto de toda maldad, dio fuerza sublime y tenaz a su esposo, Arturo Prat Chacón, fuerzas que le incitaron con mayor ahínco a luchar incansablemente hasta el final para defender nuestra bandera.

Esta esposa y madre a la vez, que ayudó en la forma más noble a su esposo, apoyándolo moral y espiritualmente, borrando de su mente toda clase de temores y estremecimientos, entregándole a cambio amor, tranquilidad, felicidad, una profunda fe religiosa, incentivándole antes de marchar a afrontar con energía el peligro, acometiendo con valor la guerra, defendiendo la Patria con arrebatadora y tenaz furia.

La juventud de Talagante, la mujer de esta ciudad que hoy solemnemente repre-

sentamos, rinde un homenaje de reconocimiento y de amor a la madre y a la esposa del héroe de Iquique, quienes, en un momento histórico, doloroso para la Patria, supieron afrontar con serenidad la pérdida de su hijo y esposo. Homenaje a estas nobles mujeres que continúan siendo esposas, continúan siendo madres, a pesar de estar vacío el hogar.

Esa madre y esa esposa, son un símbolo de todas las esposas y madres de los que aquel día combatieron en Iquique. Esos marinos bebieron en sus corazones, en sus brazos y en sus labios lo que es el deber y el amor a la Patria, ellos fueron la escuela que les moldeó héroes. A todas ellas el homenaje de la juventud. Pero hay más: no solamente son el símbolo de las esposas y madres de aquellos cuya sangre ungió el patrio tricolor, sino de todas las madres y esposas de los marinos chilenos; siguen siendo la primera escuela de nuestros hombres de mar, esos labios, esos brazos y esos corazones. Estamos seguros que si alguna vez fuera preciso no solamente habría hoy un Prat y un Iquique; todo nuestro mar sería un solo Iquique y todos nuestros marinos serían una réplica de Prat.

Nuestro respeto, nuestro amor, nuestra gratitud a todas las madres y a todas las esposas de los marinos chilenos de ayer, de hoy y de siempre.

Allocución patriótica pronunciada por el PERO. Simón Kuzmanich B., durante el solemne Te Déum de Acción de Gracias en la Iglesia Catedral de Punta Arenas con motivo del 98º Aniversario de la epopeya de Iquique

En el transcurso de los tiempos, Dios escogió para Sí un pueblo al que segregó de en medio de las naciones, y lo hizo "su pueblo".

A ese "su pueblo", el Creador lo revisió con los carismas de su amor, y su historia pasó a ser el símbolo de su Providencia Divina.

Todo hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, goza del privilegio de tener una nación como suya; sabe regalarla con las dádivas de su afecto, y hacer de su historia la ley del esfuerzo mancomunado y la noble aspiración de su existencia.

Como hombres, también nosotros tenemos una Patria, cuyo nombre vibra en

nuestros labios... y, al vagar nuestra mirada por la creación sin término brotada del Amor Divino, sonreímos, y murmuramos: Chile... copia del Edén.

Vio el Señor la belleza de sus obras... se extasió en la contemplación de un retazo de este mundo... y, queriendo asegurarse la propiedad de ese vergel, trazó el nombre de Chile, rúbrica de su Divina Propiedad.

Así brotó Chile: de un acto de regalación de Dios.

Dotóle de las bellezas más dispares: nevadas cumbres alzadas en los Andes majestuosos; costas templadas por el compás gigantesco del más vasto de los océanos; rientes serranías cuajadas de doradas mieses; exuberantes valles plétóricos de vitalidad; desiertos calcinados por un sol inclemente, pero con incontables tesoros en sus entrañas; y extendió sus laderas hasta donde mueren los hielos antárticos y no cesa de silbar el ciclón.

Y como celoso custodio de tanta prodigalidad, dióle un pueblo sencillo y cándido como niño; pero aguerrido y altivo en la defensa de sus derechos y de sus sanos ideales.

Nuestra Patria veía correr los años en el goce de las bondades donadas por la naturaleza, arca inagotable de las posibilidades del Creador.

Vivía en medio del espectáculo de la libertad y el consorcio humanos.

Todo le hablaba de orden y de paz.

Oía extasiada el murmullo de mil brisas que oreaban los campos feraces, sudores maduros convertidos en pan; oía el cantar de los torrentes que alimentados en las alturas, bajaban rumorosos en incontables hebras de plata a cicatrizar las heridas abiertas por el arado y a aquietar la tierra, enferma de sed.

Recorría deslumbrada esa extensa alfombra carmesí, engarzada en sangrientos copihues cubrir su regazo, e internándose en las gargantas de las quebradas, besar las neveras de sus encumbradas sierras.

Todo la convidaba a encaminarse erigida hacia el destino que el Creador le señalara.

Marchaba decidida al compás de melodías extrañas brotadas del brazo de sus hijos, rasgando sus entrañas en busca de pan.

Como madre adormecida, sonreía, adivinando los anhelos y las esperanzas de los que su fecundidad uniera a sus propios destinos.

Mas, con sobresalto, despertó al grito del cañón.

Era la hora de 1879.

... ..

Señores:

Dios, al regir la historia de la Humanidad, sabe entrelazar todo lo bello y puro, con el dolor, la incomprensión, la renuncia.

En esta lucha antagónica nace el temple de la voluntad humana.

Paz y progreso reinaban en nuestra tierra.

Paz y progreso imperaban en el continente, cuando el clarín llamó al combate.

Surgieron por doquiera, bravos y titanes; tres pueblos midieron su coraje; fue un encuentro de heroísmo inigualado; digna fue la bravura de unos, de la hidalguía de los otros.

Fue el enfrentamiento de héroes por ambas partes, pletóricos todos ellos de ese profundo amor patrio que Dios puso en el corazón de todo ser humano, de ese mismo amor patrio que hizo derramar lágrimas a Cristo Jesús, al prever la ruina de su nación.

... ..

Los hombres revelan toda su integridad moral en el momento de la prueba.

Allí se aquilata el vigor de los espíritus.

Allí se mide toda la fuerza de las pasiones humanas.

Todo hombre, en cuanto tal, tiene sus pasiones; mezquinas y ruines las unas, porque son fundamentadas en bajos intereses; sublimes y heroicas otras, porque son alimentadas en el sacrificio que exige el amor.

"Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos", hemos escuchado en la Palabra de Dios (Juan, Cap. 15).

El hombre que ofrenda su vida por la Patria, sabe conjugar admirablemente este mensaje del Señor Jesús.

Porque el héroe, como nos lo anuncia esa misma Palabra Divina: "Busca no su propio interés sino el de los demás" (Fil. 2,1-11).

La conmemoración que hoy nos reúne en este templo, así lo atestigua.

La pasión del capitán Arturo Prat fue Chile, la patria que supo amar de verdad, hasta ofrendarle el máximo amor en su sacrificio.

Qué hermoso es el programa de un alma que se propone amar, es decir, derramar a manos llenas los caudales espirituales y morales con que Dios ha enriquecido su corazón.

Amar... no con ese amor menguado que desmaya si no se ve correspondido, que se debilita y apaga si la ingratitud lo hiere; sino con ese amor generoso, desinteresado, que sobrevive a todos los desengaños y que campea por encima de todas las miserias humanas, que sólo se alimentan del egoísmo, la prepotencia y el engaño.

Amar... y hacer del amor la esencia de la vida, porque vivir es amar... y morir por amor es vivir para la inmortalidad.

Este fue el programa de Arturo Prat, el titán de nuestros mares: amar a la patria sin limitaciones, dándose enteramente a ella, porque amor es donación, amar es dar... es, sobre todo, darse, sin limitaciones; tal es la esencia del amor, tal es su ley.

Su amor sólo puede ser comparado físicamente con el elemento que escogió para desahogar todas las ansias de su espíritu: el mar sin límites, incluyendo sus tumultuosas tempestades.

Sólo un océano pudo satisfacer sus anhelos de servir a todos, pareciéndole la tierra menguada para llenar su inquietud.

Eran sus anhelos como las olas de ese mar; tan profunda su decisión como los abismos sobre los que surcaba la quilla de su frágil "Esmeralda"; tan dilatados sus ideales como los lejanos horizontes; tan impetuosos los rítmicos latidos de su corazón como las horrendas tempestades, y, señores, fue también su sacrificio tan amargo como las aguas salobres... porque sólo con sangre y dolor sació su sed de Patria.

De la amargura de esa muerte se afirmó la dulzura de nuestra vida de libertad.

... ..

Por eso, todo lo que es chileno, vibra en torno a la figura del heroico capitán Prat, junto a la memoria del teniente Uribe, de Serrano el fogoso, del aun adoles-

cente Riquelme, de Aldea, el sargento aguerrido y obediente, y de todos los titanes, niños algunos, que palpitaban en el seno de la vieja corbeta "Esmeralda".

El sacrificio supremo de Prat y los émulos de su hora, hizo de Chile un pueblo de héroes de cada hora, de cada día.

Heroica es la vida del labriego que riega con el sudor de su frente la tierra que le legaron sus mayores...; titánica la labor del minero, penetrando en la obscuridad de la madre tierra para arrancarle los tesoros inagotables para el vivir...; homéricas las horas del letrado agotando su mente en pro de la cultura y el progreso nacionales; y, ¿no es acaso, también, un héroe el niño, un héroe el adolescente, al restar a sus cortos años esas horas pasadas en el duro banco de la escuela, haciendo acopio de virtudes y saber para el porvenir de la Patria?

Inigualables los pasos marciales de los custodios y servidores del Orden y de la Integridad Nacional, mostrando en sus uniformes la majestad de la ley y la seguridad de nuestros destinos.

Como Arturo Prat, son también heroicos nuestros marineros que llevan por doquiera la enseña patria, mostrando sus libres colores a todas las naciones del orbe.

.....

La bondad de Dios no tiene límites.

Si nos dio héroes en los tiempos de prueba y dolor, en que el retumbar del cañón gritaba por doquiera la razón de nuestro arrojo, en los tiempos de paz y de progreso nos ha dejado esa falange de los hombres de mar de la hora presente.

Si es bravo el marino chileno cuando se trata de conservar íntegro el patrimonio nacional y de hacer valer los derechos inalienables de la Patria, no es menos emprendedor y decidido en afianzar sus confines y propagar el orden y la cultura.

Mientras los hombres de tierra y aire, proclaman el nombre de Chile por todos los rincones del territorio nacional o lo escriben en el azul de nuestro cielo, la Armada Nacional lo traza con sus quillas hendiendo los mares.

Los nacidos en estas tierras australes, deshechas y templadas en medio de mil despiadados elementos, los que gritamos Chile en este terruño magallánico, donde es tan desigual la lucha del hombre con

la naturaleza, estamos en condición de saber valorar en toda su grandeza la labor de servicio de nuestra Armada Nacional.

Sus hombres afirmaron la chilenidad en estas latitudes y completaron la policromía de esta angosta cinta que orna el costado de América.

Ellos, desafiando estoicamente las inclemencias de mares despiadados y ariscos, trajeron en sus débiles embarcaciones esa misma bandera que Arturo Prat mandara clavar en los mástiles de su vieja corbeta, cual símbolo de hidalguía y de inquebrantable voluntad.

Ellos, ansiosos de poner a Chile al mismo nivel que las grandes naciones de la Tierra, no han titubeado ni un instante en plantar los primeros el patrio tricolor en el albo continente a la sombra de la cruz, emblema de la arraigada fe de sus mayores y la propia, fe que guía sus pasos y su voluntad.

Ellos prosiguen trazando los derroteros de la civilización, adentrándose por los más apartados y escondidos rincones de nuestras costas, dando vigor a nuevos centros de vida comunitaria.

.....

Señores:

Por la bizarría y heroísmo de Prat, estamos juntos ante este altar; por el valor de los héroes que los secundaron en el sacrificio, elevamos una plegaria; por los merecimientos siempre crecientes de la Armada Nacional como servidora de sus conciudadanos, tributamos al Dios de los ejércitos nuestro cántico de alabanza.

Inclinemos, pues, nuestras frentes ante la majestad de Dios, pues nunca es tan grande un hombre como cuando se postra frente a un altar y reconoce su dependencia divina.

La grandeza de un siervo reside en la grandeza de su amo.

Dios es nuestro amo, por derecho de creación.

Siendo sus siervos, nos llama "amigos". La gratitud y el amor nos han acercado a El.

Abrámosle nuestro corazón, plenos de confianza.

Musitémos nuestra oración.

Brote de nuestra garganta la armonía de nuestro canto.

Y démosle gracias, por siempre.

Amén.

EL ALMIRANTE INVISIBLE



ULMINABAN las actividades del año en esa Escuela de la Armada; el batallón formaba impecable frente a las tribunas que ocupaban las autoridades y el público, que en gran número había concurrido a presenciar el acto realizado por la hermosura de un tibio día de fines de primavera.

El comandante de batallón, muy serio detrás de sus gruesos anteojos, esperaba impaciente el toque de corneta que anunciaría la llegada del Comandante en Jefe, autoridad que presidiría la ceremonia. Ya debiera ser la hora —el almirante era siempre muy puntual—. ¡Qué ganas de poder mirar el reloj!, pero estando solo al frente de las compañías se notaría demasiado el movimiento, contrastando con la inmovilidad de la tropa. ¡Uf! —Menos mal que ésta será la última vez que forme y ojalá que el próximo año a bordo, no me agarren para estas chiflotas.

En ese instante el toque de "Atención" cortó sus pensamientos e inmediatamente se escuchó por los altoparlantes:

"El toque de corneta nos anuncia la

llegada del Comandante en Jefe de la Primera Zona Naval, contraalmirante Sr. Raúl Ibar Hart".

El comandante del batallón, al escuchar esto infló sus pulmones y con su mejor vozarrón, ordenó: ¡Batallón, atención firrr...!, al hombro arrr, la vista sobre mi almirante, atención presenten arrr!

Y dando una enérgica media vuelta se dirigió a dar el parte correspondiente al sitio en que debería estar ubicado el Comandante en Jefe, pero ¿dónde estaba el almirante? —Demonios, si con estos anteojos apenas distingo a la gente, pero ¿dónde está que no lo veo?

Nadie de los que contemplábamos la escena supo por qué el corneta tocó atención sin que hubiera llegado la autoridad y, por supuesto, ninguna culpa tuvo el oficial de ceremonia, quien habiendo entrenado en varias oportunidades decir esas palabras en cuanto escuchara el toque, lo hizo en forma mecánica; pero estoy seguro, ninguna explicación satisfaría al comandante del batallón, que después de buscar infructuosamente al almirante, optó por un "Otra voz".